

De Centenario a Bicentenario

Algunas Discusiones en torno al Desarrollo Chileno

NAIM BRO KHOMASI

Licenciado en Sociología, Universidad de Chile

naim.bro@gmail.com

Resumen: Este artículo presenta algunas discusiones sobre desarrollo referidas a los períodos cercanos al centenario y bicentenario de Chile. Se muestra cómo el débil vínculo entre el sector dinámico de la economía y aquel menos desarrollado constituye una problemática central en ambos períodos, que se refleja en la utilización por parte de corrientes teóricas tan disímiles como la sociohistoriografía marxista y la sociología del desarrollo contemporánea de dos conceptos explicativos similares que apuntan a este fenómeno –mercado interindustrial y encadenamiento productivo–.

Palabras Clave: desarrollo, mercado interindustrial, encadenamiento productivo, centenario, bicentenario.

Introducción

En las décadas previas al centenario de la independencia existió la posibilidad objetiva de un despegue industrial en Chile. La conquista de enormes extensiones de desierto abundantes en recursos minerales en la guerra con los vecinos del norte, y la rápida industrialización que experimentó en el último cuarto del siglo XIX, posicionó al país como potencia en el concierto sudamericano. Pero el despegue hace 100 años no ocurrió, puesto que junto con el fracaso de las revoluciones que abanderaban proyectos nacional-productivistas, sucumbió también lo que había sido el importante sector industrial metalúrgico, al poco tiempo de pasado 1910. En lo que siguió de siglo, el país se debatió entre un sistema político relativamente robusto y una economía atrofiada e incapaz de desarrollarse industrialmente de manera autónoma ni de crecer al nivel de las expectativas¹.

Como en el primer centenario, el Chile de hoy tampoco es ajeno a la pretensión de cerrar la brecha existente con los países del norte y emprender el anhelado salto al desarrollo, habiéndose fijado ya varias fechas para el cumplimiento de este cometido –2010, 2018, al menos–. En muchos otros sentidos también es posible identificar sitios comunes en la situación actual del país y la de hace un siglo. En primer lugar, ambos períodos están marcados por un modelo de desarrollo de tipo primario-exportador, que provoca y provocó la incapacidad de arrastre del sector dinámico hacia el resto de la economía nacional, redundando en la tan característica heterogeneidad estructural de nuestro sistema productivo. Por otro lado, tiene lugar un proceso de pérdida relativa de hegemonía del liberalismo² como paradigma para entender relación entre Estado y sociedad, que hace e hizo evidentes los límites de un modelo de desarrollo que reporta riquezas al país por concepto de exportación de materias primas, pero que es inseguro y no produce bienestar social.

1 Ver Pinto, A (1962) "Chile, un caso de desarrollo frustrado", Editorial Universitaria, Santiago.

2 La revista *The Economist* retrata la pérdida de hegemonía del liberalismo y el advenimiento del "capitalismo de Estado" en el mundo post crisis de 2008: http://www.economist.com/displayStory.cfm?story_id=15328727&source=hptextfeature

En suma, asistimos a un momento decisivo de nuestra historia económica, en el cual se combinan, por una parte, condiciones financieras propicias para invertir en un proyecto de futuro y, por otra, el envejecimiento de un modelo de desarrollo que a todas luces muestra sus límites, y que por ello abre espacios para la formulación de proyectos alternativos de país. Ante este escenario, este artículo intenta ligar conceptualmente la discusión en torno al modelo de desarrollo chileno según es planteada por sectores de la sociohistoriografía marxista y la sociología del desarrollo contemporánea, con el fin de explorar en las continuidades existentes entre el tipo de desarrollo del Chile de comienzos del siglo XX y el de comienzos del siglo XXI.

Las Revoluciones Burguesas abortadas del Siglo XIX

Maurice Zeitlin³ plantea que las guerras civiles de 1858 y 1891 tuvieron su fundamento en los conflictos de interés entre la burguesía del cobre y la plata del norte chico y la burguesía mercantil y financiera ligada al capital extranjero de Santiago y Valparaíso. El proyecto que abanderaron los mineros de Coquimbo y Atacama, sublevándose “desde abajo” contra el poder del Estado en 1858, primero, y “desde arriba”, bajo la presidencia de José Manuel Balmaceda en 1891, después, tuvo una impronta nacional productivista fuerte, demandando protección estatal a la decadente minería del cobre y la plata, la cual sucumbía para fines del siglo XIX ante la emergencia de competidores internacionales; la caída de los precios producto de la sobreproducción mundial del mineral; los elevados costos del transporte que eran monopolizados por ingleses; y, por sobre todo, el desvío de la oferta de recursos humanos, energéticos, alimentarios y de transporte hacia el pujante y lucrativo negocio del salitre de los territorios conquistados del norte grande. El presidente Balmaceda contó también con el apoyo de un segmento particular de la industria: los productores de bienes de capital metalmecánicos, que para entonces constituían un sector fuerte y de los más avanzados de América Latina en su rubro.

El proyecto de Balmaceda fue acelerar el desarrollo de la industria nacional y limitar la profunda penetración de los capitales ingleses en la economía. Para ello era necesario operar en los siguientes frentes: crear un banco central en el cual el Estado depositara sus fondos, de modo de no depender de las restricciones de la banca privada; quitar a privados ingleses el monopolio del transporte en las zonas mineras del norte, con el fin de bajar los costos de comercialización de los minerales; subvencionar la creación de una fábrica de fundición de metales asociada a las minas de cobre y plata, que produjera bienes de capital que hasta entonces eran importados desde Europa; y asegurar e incluso subvencionar el abastecimiento de recursos escasos críticos para la minería, en un contexto en que tanto la población económicamente activa del norte chico como también la oferta de carbón y otros recursos energéticos disminuían rápidamente debido a la emigración o desvío hacia las zonas salitreras de más al norte.

Tal proyecto parecía por entonces una empresa realizable e históricamente oportuna, debido a los abundantes ingresos que recibía el Estado por concepto de impuestos a la exportación de salitre y por la robusta capacidad industrial que existía en algunos sectores de la burguesía, que para entonces lograban competir con fábricas europeas y estadounidenses en la fabricación de locomotoras a vapor e incluso exportar a otros países de América del Sur. El calibre de las transformaciones que estuvieron

³ Zeitlin, M (1984) *“The civil wars in Chile (or the bourgeois revolutions that never were)”*, Princeton University Press, New Jersey.

en juego en la guerra civil de 1891, señala Zeitlin, es comparable a la revolución que significó en Japón el liderazgo Meiji y de Bismarck en Alemania en el último cuarto del siglo XIX, los cuales efectuaron en el transcurso de un breve período de tiempo reformas que condujeron a sus países a una rápida industrialización. En un ejercicio de historiografía contrafactual, Zeitlin señala que de haberse consumado las transformaciones en disputa:

Hubiera continuado e intensificado el proceso ya puesto en marcha bajo Balmaceda previo al comienzo de la guerra civil: de hacer enormes inversiones estatales en la construcción de vías de tren; estimular y subsidiar la industria pesada y, en particular, la fabricación de cobre; expandir las comunicaciones; y extender la red de caminos y canales de regadío, apareado quizás ahora con la protección de la marina mercante e impulsando una industria naviera doméstica. Bajo su liderazgo resolutivo, puede ser supuesto, Chile habría atestiguado una única revolución desde arriba.⁴

Sin embargo, esto no ocurrió, y el gasto público dispensado durante el mandato de Balmaceda en infraestructura y desarrollo industrial precipitó en los gobiernos subsecuentes. Las décadas posteriores fueron expresión de una decidida negligencia del Estado para propiciar desarrollo productivo, conduciendo a la crisis y desaparición de la prometedor y pujante industria pesada de fines del siglo XIX.

El Mercado Interindustrial a comienzos del Siglo XX

Siguiendo las categorías de los economistas clásicos, Gabriel Salazar⁵ distingue entre el departamento I y el departamento II del sector industrial. El primero corresponde a la producción de bienes industriales para el consumo productivo, mientras que el segundo a aquellos bienes destinados al consumo directo. El motor del desarrollo capitalista, dice Salazar, es el intercambio entre los dos departamentos, esto es: el mercado interindustrial, porque estimula la proliferación de actividades económicas intensivas en conocimiento, al tiempo que permite la expansión de la producción⁶.

En Chile, sin embargo, la demanda por bienes de capital siempre se configuró como función del intercambio internacional, mediado por las casas comerciales que para entonces eran muy fuertes en Valparaíso. Este hecho, asevera Salazar, *“fue (y es) una de las distorsiones cervicales del capitalismo industrial chileno desde su aparición”*⁷. No obstante, entre los años 1870 y 1908 existió en Chile un pujante sector industrial del departamento I compuesto por los denominados *“fundidores”*⁸. Ellos –portadores

4 Zeitlin, 1984:208-209, traducción propia del inglés. El original dice: *“They would have continued and intensified the process already set in motion under Balmaceda before the outbreak of the civil war: to make huge state investments in railroad construction; to stimulate and subsidize heavy industry and, in particular, copper fabrication; to expand communications; and to extend the network of roads and irrigation canals, coupled now perhaps with protection of the merchant marine and encouragement of a domestic shipbuilding industry. Under their resolute leadership, it may be supposed, Chile would have witnessed its own unique revolution from above”*.

5 Salazar, G (2003) *“Historia de la acumulación capitalista en Chile”*, LOM Ediciones, Santiago.

6 Salazar, G. Ob. cit., p.112

7 Ídem.

8 Ellos eran, en la mayoría de los casos, europeos traídos por las casas comerciales extranjeras con el fin de mantener

de un proyecto de país nacional-productivista– liberaron una ardua lucha política con los representantes del departamento II de la industria y el patriciado mercantil, quienes, al igual que el Estado –todos liberales–, siempre terminaron inclinando la balanza hacia los medios de producción extranjeros.

Hacia 1908, las 70 u 80⁹ fundiciones metal-mecánicas chilenas demandaron intervención del Estado sobre cuatro puntos claves: 1) que licitara sus compras entre las industrias nacionales; 2) que apoyara la exportación de manufactura industrial chilena a los viejos mercados coloniales (Perú, Ecuador y Bolivia); 3) que protegiera la industria nacional con una política arancelaria más activa; y 4) que encabezara la formación de una industria nacional concentrada y monopólica que tomara como base a estas fundiciones. Estas propuestas fueron rechazadas por todos los actores de la época: industriales del departamento II, naciente clase obrera y Estado. Su fracaso fue tal que hacia 1910 su lucha por establecer en Chile el Departamento I de la industria estaba perdida irremediablemente¹⁰, y ante condiciones políticas y económicas adversas, recuenta Salazar, debieron adaptarse a labores menos “dignas” o simplemente desaparecer¹¹.

Con el giro hacia la Industrialización Sustitutiva de Importaciones (ISI), la situación no cambió en lo fundamental. El Estado, efectivamente, avanzó en la promoción de bienes de consumo directo, pero en cuanto a los bienes de capital continuó la política librecambista de sus predecesores.

“Los políticos ‘desarrollistas’ –afirma Salazar– “que se habían formado en la escuela de la gran tradición liberal (...); es decir: en la línea patriarcal del conglomerado mercantil, no dudaron jamás sobre que ‘la tecnología se importa’”¹².

Y las condiciones estructurales no permitieron mucho margen de maniobra tampoco: hacia 1930 ya no existía en Chile el conglomerado industrial que a fines del siglo XIX producía locomotoras y maquinaria pesada al que pudiera recurrir el Estado desarrollista para sortear exitosamente la “fase difícil” de sustitución de importaciones. Salazar concluye que la debilidad estructural del capitalismo chileno fue y es su incapacidad de establecer un mercado inter-industrial denso y así potenciar el Departamento I de la economía, el único sector capaz de promover un capitalismo industrial vigoroso. Las crisis continuas que vivió el país desde las alboradas del siglo XX hasta Allende, no se debieron a los programas políticos específicos de los diferentes gobiernos, sino que a este único freno estructural.

Superación del Modelo extensivo en el Chile de Hoy

El desafío de Chile hoy, señalan Messner y Scholz¹³, es pasar de un modelo de crecimiento

su maquinaria importada y frecuentemente se independizaban y creaban sus propias fábricas o fundiciones. Ver Salazar, G. Ob. cit.

9 Guillermo Guajardo cuantifica 636 fabricantes de carros ferroviarios en Chile entre 1900 y 1904.

10 Salazar, G. Ob. cit., p. 112

11 Un análisis detallado sobre los determinantes de la crisis de los fundidores en 1908 en *Ibid.*

12 *Ibid.*, p. 142

13 Messner, D; Scholz, I (1999) “Sociedad y competitividad en Chile” en Esser, K “Competencia global y libertad de acción

“extensivo” a uno “intensivo”. El modelo extensivo chileno corresponde a una economía orientada a la exportación y que tiene como fundamento de su competitividad la incorporación aditiva de mano de obra y materias primas al proceso productivo. Es un modelo basado en la gran empresa extractiva, que genera poco valor agregado¹⁴, con poca capacidad de crear empleo, y débilmente encadenado con el resto de la economía¹⁵.

Este modelo ha rendido frutos en materia de crecimiento, pero la prolongación lineal de su lógica implica importantes riesgos para el desarrollo del país. En especial lo que concierne a los siguientes puntos¹⁶: 1) el eventual agotamiento de materias primas estratégicas; 2) la creciente incorporación de nuevos competidores directos en el mercado mundial, ricos en recursos naturales, abundantes en mano de obra barata y orientados a la exportación; 3) las externalidades al medio ambiente que produce un crecimiento extensivo desenfrenado; y 4) el riesgo de desvincular a la economía nacional de las transformaciones organizativas y tecnológicas de la economía global, dado el carácter sencillo de sus procesos productivos principales.

Socialmente este modelo tampoco es sostenible ni virtuoso, puesto que un sector exportador dinámico pero débilmente vinculado al resto de la red productiva, impide que operen los mecanismos de distribución de riqueza internos a la economía. Falabella¹⁷, por ejemplo, mide en el Chile de la década de los 90' la correlación entre crecimiento económico, inversiones y exportaciones, por un lado, y desempleo, por otro, llegando a la conclusión de que sólo entre el 4% al 10% del desempleo de dicho período depende del crecimiento del PIB, refutando el argumento de que el crecimiento por sí sólo basta. Este indicador varía, sin embargo, de acuerdo a los tipos de territorios existentes en el país, tal que en aquellos que poseen encadenamientos productivos densos, la correlación entre crecimiento y empleo es más fuerte. La propuesta de Messner y Scholz¹⁸, es avanzar hacia un modelo “intensivo”, que gire en torno a dos ejes: por un lado, agregar valor a los productos de exportación, al tiempo que estimulando su diversificación, y, por otro, promover la creación de sectores industriales que complementen a la industria exportadora.

El segundo punto retrotrae a la discusión sobre el mercado interindustrial del cual se habló con anterioridad, a propósito de la tesis de Salazar, y se le estudia por medio del concepto de “encadenamiento productivo”. Desde tal enfoque se constata que la poca capacidad de arrastre del sector dinámico de la economía se condice con una sociedad estructuralmente heterogénea y con una gran concentración de la riqueza en pocas empresas que no logran vincularse de forma virtuosa con un sector clave de la sociedad, el de las pequeñas y medianas empresas. Este sector posee gran capacidad de generación de empleo y distribución de riqueza, pero su pobre vinculación con el sector dinámico de la

regional”; Nueva Sociedad. San José.

14 En 2004 el porcentaje de exportaciones con alto valor agregado fue del 0,4%, con medio-alto valor agregado del 6,2%, con medio-bajo valor agregado del 36,4%, y con bajo valor agregado del 26% (el porcentaje restante corresponde a exportaciones no clasificables según estos criterios) (OCDE, 2007).

15 Falabella, G (2002) “¿Se agotó el modelo?” en Falabella, G; Galdames, R “Repensar el desarrollo chileno. País, territorio, cadenas productivas”, Ediciones de la Universidad del Bío-Bío, Concepción.

16 Messner, D; Scholz, I Ob. cit.

17 Falabella, G. Ob. cit.

18 Messner, D; Scholz, I. Ob. cit.

economía redunda en una escasa incorporación de conocimiento a sus procesos productivos y organizacionales, por lo cual genera escaso valor agregado y no produce bienestar en la población como sí lo podría hacer en circunstancias diferentes.

Otro elemento capital en la discusión actual sobre desarrollo es el de la localización territorial de la producción. La importancia del territorio en la economía se corresponde con la apertura de las fronteras al mercado mundial, la cual ha conducido a una especialización y localización de la producción derivadas de la migración de capital y trabajo hacia aquellos sectores que, o bien, no fueron susceptibles de competencia, o bien, pudieron competir en el mercado global. De ahí que la variable geográfica tenga un papel cada vez más importante en la economía actual, al punto que cabe la aseveración de que en la globalización no son los países los que ganan o pierden, sino que los territorios¹⁹.

Conclusión

Lo que hemos hecho es ligar conceptualmente dos corrientes teóricas como son la sociohistoriografía marxista y la sociología del desarrollo contemporánea, con el fin de encontrar similitudes en las discusiones sobre desarrollo en los períodos circundantes al primer y segundo centenario.

El elemento común en ambas discusiones parece ser la constatación del carácter estructuralmente heterogéneo de la economía chilena, que se expresa en la importancia que dan a los conceptos de mercado interindustrial, en el primer caso, y encadenamiento productivo, en el segundo, para explicar la situación de desarrollo del país. Ambos términos aluden a los intercambios entre unidades productivas al interior de la industria nacional y/o territorial, y a la capacidad de esta "red de intercambios" de incorporar a buena parte de la población de manera virtuosa. La utilización de este enfoque conduce a constatar la existencia de fracturas entre el sector dinámico –productores y exportadores de materias primas o manufacturas derivadas con poco valor agregado– y el resto de la economía, hecho que redundaría en una incapacidad por parte de aquel de arrastrar tras de sí al sistema productivo ni de promover la creación de una industria complementaria importante en valor agregado. El ejemplo más claro es el de la minería, especialmente la privada, la cual pudiendo hacerlo, no ha producido un mercado interindustrial tecnológico fuerte que resista los embates de la competencia global y la adversidad política interna. Esta realidad también es cierta en el caso de otras industrias de menor peso relativo, como el de la exportación de derivados forestales y el de la fruta, las cuales constituyen en importantes zonas del sur y del valle central el motor de las economías territoriales, pero se muestran incapaces de engranarse virtuosamente y generar encadenamiento hacia atrás.

De este modo, lo que en Chile permanece igual de centenario a bicentenario es un tipo de desarrollo que presenta fracturas internas y determina una economía y sociedad estructuralmente heterogénea. Esta situación repetida tiene un sustento político y social en el que no hemos podido profundizar en este trabajo principalmente descriptivo. Pero allí radica el corazón de aquella sociología que inspira sus esfuerzos en la tradición de la cual es depositaria esta facultad. **N**

19 Moncayo, E (2002) "Un mundo de geometría variable: los territorios que ganan y los que pierden" en Moncayo, E "Nuevos enfoques teóricos, evolución de las políticas regionales e impacto territorial de la globalización", ILPES, Santiago. p. 51-65